

LA FIESTA DEL ABUELO.

LEYENDA DE BOHEMIA.



I.

El río Moldau, el más caudaloso de Bohemia, baña con sus olas verdes como la esmeralda el pie del magnífico castillo de Stobzenberg. Las agujas de los torreones que llegan hasta las nubes; una gran torre cuadrada y maciza; las almenas, las barbacanas y las buhardas le dan un aspecto tan grandioso como severo, que llama la atención de las personas más indiferentes. No podemos contemplarlo sin experimentar un sentimiento de admiración y de temor.

En una fría pero radiante mañana de enero del año de gracia de 1542, cierto rico señor que todavía se hallaba en la flor de la juventud y tenía la fuerza de la edad viril, llamado Enrique, conde de Stobzenberg, se estaba lentamente paseando por la espaciosa plataforma que había delante del castillo y que dominaba desde lejos el río y la campiña. El conde Enrique era de esas grandes y respetables presencias heróicas, cuyo tipo parece que en el día se ha perdido, pero de que la época feudal presentó muchos ejemplares, tanto en los castillos de Francia, como en las plazas fuertes de Alemania. Era de semblante altivo, de aire abierto, leal y franco, demostrando bondad en los labios y osadía en los ojos. Estaba dando vueltas desde el porche gótico, por donde se entraba al castillo, hasta la balaustrada esculpida en piedra que había alrededor de la plataforma, á la cual adornaba una estatua colosal de San Juan Nepomuceno, el valeroso mártir del secreto de la Confesion, patrono de Bohemia, que estaba con ambas manos estendidas como en ademán de bendecir la campiña y el pueblo, cuyo rústico campanario se descubría en lontananza. Dos grandes lebreles de piernas delgadas, cuerpo esbelto, piel áspera y hocico de pez, estaban saltando á su alrededor y venían con frecuencia á lamer sus manos y á morder la punta de sus dedos. Enrique los echaba con afectuoso ademán y seguía paseándose.

En las ventanas del primer piso solía medio alzarse una cortina, y se dejaba ver un hermoso rostro pensativo,—el rostro de una mujer,—y después desaparecía, aun cuando no tan pronto que no hubiese dado tiempo para advertir en sus facciones la expresión de una cariñosa simpatía.

Detúvose de pronto el conde, levantó la frente, poniéndose en seguida la mano en el oído, doblada como una concha en la actitud de quien quiere escuchar. Paráronse igualmente que su dueño los lebreles, volviendo sus puntiagudas cabezas hacia el lado del río Moldau. Abrióse la ventana, y el rostro de mujer que hemos divisado solamente detrás de la vidriera, cubierta á causa del frío con la cortina árabe, se manifestó en todo el esplendor de su dorada hermosura.....

—¿No has oído nada, Enrique? le preguntó al joven.

—¿Y tú, querida Berta?

—El sonido de la trompeta, allá lejos, detrás de los grandes abetos.

No bien había acabado de pronunciar estas palabras, cuando ambos lebreles, suspendiendo sus brincos, se quedaron inmóviles por un instante con las orejas levantadas; dieron en seguida un corto ladrido y saltando por encima de la balaustrada, corrieron hacia la entrada del patio principal, cuyo puente levadizo se bajó entonces.

En aquel instante se oyó el galopar de un caballo en ter-

reno sonoro, y muy en breve un correo con botas, espuelas y sofocado, echó pie á tierra al entrar en la plataforma, y presentó al joven conde un pliego sellado....

—¡Cielos! ¡de mi padre, y es la primer carta suya al cabo de siete años! exclamó Enrique, rompiendo la hebra de seda que daba dos vueltas alrededor del pliego, y que estaba sujeta con lacre, en el cual se hallaban esculpidas las armas de los Stobzenbergs.

—Ciertamente, del padre de vuestra merced, del señor conde Magno, contestó el correo, haciendo una profunda reverencia.

—¿Y qué nos dice este buen padre? preguntó la amable Berta, corriendo para saber la causa de la alteración de su marido; y apoyándose alegre y cariñosa en el hombro del joven, leyó al mismo tiempo que éste:

«Hijo mío, mi queridísimo Enrique, decía la carta; los hombres nos han separado, pero Dios va á reunirnos; ha movido los corazones de los que nos perseguían; ha hecho brillar su luz ante los ojos de los príncipes: Enrique, estoy libre..... Cuando recibas estos renglones, me hallaré muy cerca de tí..... ¡Oh, hijo mío, mi querido hijo, voy á volverte á ver! Ahora conozco que nadie se muere de alegría. Si la vejez y el cautiverio, aun más penoso todavía, no hubieran entorpecido mis miembros y encorvado mis viejos riñones, no leerías ahora esta carta, sino que estaría yo en tus brazos, estrechado contra tu pecho, mi querido Enrique. Mas ya pasó aquel tiempo en que mis nervudas rodillas oprimían los hijares de las yeguas, cuyo de inmesurado correr me llevaba por medio del espacio, y en que salía yo de Praga para Dresde ó para Viena sin echar cuentas con la distancia. Ahora aun cuando me corra prisa, tengo que caminar más despacio; más sin embargo, he pasado, desde que salí de mi encierro, veinte leguas sin detenerme, y me hallo destrozado..... Necesito descansar: pasará la noche en Kolowrath.... Mañana temprano continuaré mi camino. Hoy me sería imposible.....

»Además, Enrique, ¿he de decírtelo todo? La alegría ocasiona cierto temor. En el momento de volverte á ver, conozco la necesidad que tengo de reconcentrarme en mí mismo y de reanimar mis fuerzas..... Tú vives. Sé que vives; mas esto es todo lo que sé, porque no han querido decirme más. Hace siete años que ni has recibido cartas mías ni yo tuyas. ¿Qué te has hecho? ¿qué haces? Nada sé acerca de tí, porque el preso vive entregado al silencio y al olvido..... Nunca una palabra acerca de tí ha penetrado por las paredes de mi calabozo..... Estando vivo, era yo un muerto; pues no me hallaba metido en un encierro, sino en un sepulcro.....

»¡Cruel aislamiento! Mas, no obstante, Dios que conoce los corazones, sabe que yo perdono..... Los cortos años de vida que me quedan, no estarán envenenados con el odio y con el rencor; pero no me atrevo á volver á entrar en mi casa, donde quizá todo esté cambiado..... donde acaso no me conocerán ya..... Disimúlame, hijo mío, la fatal duda que acerca de todo tengo.....»

—¡Ah! ¡cuánto ha padecido! dijo Berta aproximándose á Enrique.

«De todo..... continuaba la carta, excepto del corazón de un hijo. Ignoro si te has casado. ¿Es actualmente tu esposa aquella apreciable joven, hija de mi mejor amigo, Berta de Teplitz, á quien yo para tí destinaba? ¿Has seguido los consejos de un padre que quería tu felicidad?.....»

—Siempre me ha querido, dijo entre dientes la jóven.

—No, amiga mía, es á mí á quien él quería.

«La encontraré siendo dichosa al lado de mi hijo también dichoso? ¿En mi antiguo castillo reina la alegría y se oyen los cantares? ¿Dónde están mis nietos? Olvidaría el daño que me han hecho, olvidaría que me han acibarado la vida, si la viese renacer y reflorcer en estas queridas criaturas engendradas con tu sangre y que llevarán mi nombre. Pero hasta muy pronto, hijo mío; ni sé por qué me prendieron, ni tampoco por qué me ponen en libertad. Sin duda, Dios les ha inspirado una idea clemente; sea siempre bendecido su nombre! Veinte y cuatro horas despues de llegar mi mensajero, volveré á ver los torreones de Stobzenberg, y estrecharé en mis brazos á mi querido hijo.

»MAGNO, CONDE DE STOBZENBERG.»

—¡Ah, Enrique! el cielo ha oído mis súplicas, dijo Berta estrechando en las suyas la mano de su marido, mientras que sus humedecidos ojos se detenían en los del jóven; ¿y qué vas ahora á hacer?

—¿Preguntas eso? Salir á buscar á mi padre, que debe tener sumo anhelo por volvernó á ver á todos.

—Y á tí mas que á todos, Enrique.

—Voy á marchar dentro de una hora: iré á encontrarme con él en Kolowrath; ¡cuánto se sorprenderá al verme! mas no, porque es seguro que me está aguardando. Mañana á medio día estaremos en el castillo, y mientras salgo corriendo para abrazarlo, tú, Berta, quedas encargada de prepararle un recibimiento digno de él.

—Vé descuidado; que tu padre conocerá perfectamente que siempre está entre los suyos. Mas estoy pensando en una cosa; ¿no te llevarás contigo á nuestro hijo? Ves cuánto él lo querrá y cuánto sin conocerlo quiere ya á este apreciable niño; ¿qué será cuando haya encontrado en él su viva imagen?

—No, contestó Enrique; el niño Magno está todavía delicado, y no podría sufrir la molestia del camino. Tengo, además, formado un proyecto. Mañana no se le dice acerca de él una palabra á mi padre.

En este instante, el conde Enrique hizo resonar dos notas agudas con un pequeño silbato de plata que siempre llevaba consigo.

Presentóse un criado.

—Tres hombres á caballo, la jaca blanca y un page; yo montaré á Casco de acero, y que todo esté preparado para acompañarme dentro de una hora.

El criado hizo una reverencia sin contestar; porque era de esa raza que en el día escasea mucho, y respecto de la cual dicen en su hermoso idioma los orientales; *oir, es obedecer*.

A la hora se despedía Enrique cariñosamente de Berta, y marchaba para reunirse con su padre.

II.

En la época en que acaecían los sucesos que vamos refiriendo, el espíritu moderno aun no había dado á la nueva sociedad estas fuertes garantías de libertad personal que actualmente miramos como nuestra mas preciosa conquista; y la Bohemia feudal era, señaladamente, acaso el país mas

entregado que ninguno otro de Europa á la ley del capricho. El de los grandes, prevalecía por lo comun sobre los pequeños, de modo que la mejor razon era siempre la del mas fuerte. El conde Magno de Stobzenberg, que estaba ligado con los estrechos y fuertes vínculos de un severo feudalismo, se hizo por un instante sospechoso á su soberano y se había visto arrancado de su castillo bajo pretexto de una acusacion tan terrible como infundada. Sin embargo, las pruebas no fueron juzgadas bastante convincentes para fallar una condena, que hubiera hecho caer aquella soberbia cabeza; mas bastó la mera sospecha, para que un prolongado cautiverio asegurara la tranquilidad de los que le hacían el peligroso honor de temerlo. Pasó así siete años en una fortaleza, cuyas puertas, cuando tenía él perdida toda esperanza, se le abrieron en virtud de una influencia potente y misteriosa.

El día despues al en que comienza esta narracion, el patio principal del castillo de Stobzenberg presentaba á eso de medio día un magnífico golpe de vista; porque la condesa Berta, siguiendo los deseos de Enrique, había convidado á los moradores de los inmediatos castillos y convocado á sus vasallos, tanto nobles como plebeyos, los cuales todos acudieron á su llamamiento.

En el instante en que el centinela que desde lo alto de la plataforma del torreón cuadrado estaba observando la campiña por todo alrededor, (que es lo que se decia *estar en acecho*), hubo dado la señal, se presentó en el umbral de la puerta la condesa Berta, ataviada con uno de esos vestidos de brocado que se mantenían por sí solos; á su derecha é izquierda se hallaban puestos en fila á cada lado los nobles á quienes ella convidara, y los vasallos y los guerreros que llevaban las divisas del conde, estaban colocados en el patio principal con arreglo al puesto que la gerarquía feudal asignaba á cada uno.

Era este un hermoso día de invierno: el aire estaba trasparente y puro, y la atmósfera radiante y serena: en la cúspide de los vecinos montes, la nieve inmaculada reflejaba los rayos de un sol deslumbrador.

Oyóse muy en breve el sonido de las trompetas de caza, y la comitiva se presentó á la entrada del patio principal. No era aquella numerosa, pues solamente se componía de cuatro ó cinco hombres; en medio de los cuales, se distinguía al momento á la derecha del hijo, y montado en una jaca blanca con aparejos de mujer, de sacerdote ó de anciano, el conde Magno de Stobzenberg.

Llevaba éste con brios el peso de la vejez, que para él era una corona y no una carga. Manteníase firme en la espaciosa silla de montar, derecho sobre los estribos, y sin perder una pulgada de su alta estatura, que por largo tiempo había estado encorvada con la desgracia, y que de repente se enderezaba con el aura de la libertad. El hijo lo venía contemplando con una mirada atenta, respetuosa y tierna.

Paróse el conde al momento en que vió la antigua morada de sus abuelos, el castillo donde pasara su sencilla niñez y su descuidada juventud, donde viviera los felices y largos días de su virilidad, de donde lo habían arrancado de improviso y adonde volvía á morir. Una muchedumbre de ideas se agolpó á su mente, y como para contenerlas, púsose la mano en las sienes. Pero ningún amargo sentimiento comunicó á aquel noble semblante cualquier espresion dudosa de su contento, sino que una sonrisa de paz se advirtió

en sus lábios y una lágrima, símbolo de dicha y de gratitud, corrió por su ajada mejilla.

Entre los vasallos y entre los que estaban convidados en Stobzenberg, no hubo bulla, ni gritos, ni entusiasmo. Por el contrario, reinó cierto silencio y circunspección, cierta alegría íntima, tranquila por lo mismo de ser profunda; puesto que verdaderamente era el regreso de un padre entre sus hijos.

Berta se arrojó á los brazos del anciano, el cual durante largo tiempo tuvo á la jóven estrechada contra su pecho.

—¡Hija mía, mi querida hija! ¡cuán dichoso soy en que seas mi hija! Esto fué todo lo que pudo decir.

Mas un suspiro ahogó su pecho, dirigiendo á su alrededor inquietas miradas:—¿Tú sola, Berta? añadió.

No se atrevió á acabar de hablar.

Berta volvió la cabeza sin contestar nada.

Entretanto, el copero, teniendo en la mano un gran vaso de cristal de Sajonia que en sus relucientes esmaltes representaba al emperador de Alemania y á los siete electores sufragáneos de la corona, le ofreció en señal de bienvenida el espumoso hidromiel, del que el anciano tomó un sorbo, y con el que en seguida humedecieron todos sus lábios. La linda Berta cogiólo después del brazo, y ambos subieron juntos por los espaciosos escalones de la antigua grada. Magno molestado, no menos con las fatigas del camino que con las sensaciones que experimentaba, se dejó caer, mas bien que sentarse, en el banco de roble de la entrada del vestíbulo que se hallaba todo lleno de armaduras.

—Cuando estaba yo solo, dijo á Berta, tenía mas valor; pero ahora bien puedo estar débil hallándome con mis hijos.

Llevaron al conde al cuarto de honor, al cuarto del amor, donde siempre había habitado, y el que el hijo nunca quiso ocupar en lugar suyo.

Venia con la ropa de preso, vieja, destrozada y miserable. Los criados lo vistieron como debía estarlo una persona de su rango: las medias de seda que pasaban de las rodillas, calzones de satén con listas negras y castañas, manto de terciopelo ancho, abierto y suelto, como el que vemos en los hermosos retratos de Carlos V y de Francisco I, y el medallón colgante en el pecho por medio de una gruesa cadena de oro trabajada en Venecia, hicieron de él otro hombre. Porque éste se halla formado de tal modo, que estas miserables pequeñeces de la vida material, cuando por largo tiempo ha estado privado de ellas, le causan verdadera alegría y lo trasforman á nuestros ojos y á los suyos. El anciano conde, al volver á encontrarse con estos vestigios de su antiguo esplendor, sintió inmenso bienestar.

Pero tenía, además, el orgullo de la raza, el instinto de la familia y el amor de su nombre, y padecía con la idea de ver apagarse en su hijo el lustre que había recibido de sus abuelos, y que cuatro siglos de gloria iban á sepultarse en el olvido. Por este motivo, moviendo tristemente su calva cabeza, siguió á los criados cuando vinieron á avisarle que el festín de regreso los aguardaba en el salón de los banquetes.

III.

Muy hermoso golpe de vista presentaba en aquel momento el salón principal del castillo de Stobzenberg. El pavimento, que era de losas de mármol negras y blancas, se

hallaba tapado con una olorosa capa de ramas de abeto y de enebro; grandes tapices tejidos en Flandes, que representaban mil objetos de lances divertidos de la vida, alternaban en las paredes con los escudos y armas de los Stobzenbergs y de las familias con que estaban unidos; en los altos aparadores de ébano, incrustado con marfil y nácar, veíanse tazones ricamente cincelados, vasos de cristal de roca, otros grandes con esquisitos colores, y la loza de Italia, aun mas apreciada que la plata maciza, con la cual alternaba en el orden de la comida. La mesa lucía con gigantescos surtidos, que orgullosamente mostraban todos los recursos del arte de platería de aquella época; la cerveza ocupaba enormes coloradas de estaño; el vino de Hungría brillaba con su suave color de topacio en los frascos tallados á ochavas; cuatro grandísimos candelabros, con cuarenta velas de cera amarilla cada uno, mostraban á las claras que la comida empezada con toda la luz del día, debía prolongarse hasta la noche. No se estilaban entonces, como las hay actualmente, esas obras maestras del arte culinario, hábiles y difícilísimas de hacer, que son un enigma para el convidado, al mismo tiempo que una ariete para su hambre. Pero ¡buenos platos, succulentos y sólidos, sufrían el ataque de fogosísimos apetitos. Los faisanes y capones de la Montaña Blanca y los esturiones del río Moldau, formaban grata combinación con los corzos y con los jabalíes de la Transilvania: todo lo cual para un estómago en ayunas era mas confortativo que las maravillosas invenciones de nuestros cocineros.

Sentóse el conde Magno á la cabecera de la mesa y dirigiendo á todos una mirada de satisfacción, se detuvo largo tiempo mirando afectuosamente á su nuera. Muy en breve reinó en todos los convidados aquella cordialidad que forma el encanto de los festines de familia.

La Iglesia celebraba en aquel día la festividad de los Reyes,—fiesta eminentemente cristiana, vivo símbolo de la eterna igualdad que debe reinar entre los hijos de un mismo padre, los cuales reciben solo de la fortuna su dignidad real, que no ha de durar mas que un día.

Dos escuderos precedidos del copero dieron la vuelta á la mesa, llevando el gigantesco pastel amasado con fina flor de trigo, y que en su frágil arquitectura representaba el mismo castillo de Stobzenberg.

—Berta, hija mía, le dijo con su grave voz el anciano conde; en mi tiempo no se echaba en olvido la parte de los pobres.

—Padre, contestó la jóven; son los primeros que han sido servidos..... Mas en el día en que celebramos el regreso de nuestro padre, no es un trozo, sino un pastel entero el que hemos ofrecido á los convidados del bondadoso Dios.

—Mi hija contesta á todo y bien; dijo muy satisfecho el anciano.

En seguida, al cabo de un instante, continuó:

—¿Cuál es el mas jóven de nuestros convidados? En otro tiempo era un niño quien distribuía las partes.

Berta y Enrique se dirigieron una mirada de inteligencia, pero nadie dijo nada.

—Hace setenta años, continuó el anciano, comí por la vez primera en la mesa de mi padre. Tenía yo entonces cinco, y apenas llegaba con la cabeza al brazo de su sillón..... Llevaba yo á cada convidado su parte del pastel..... En recuerdo de esta fiesta, Enrique, hizo tu abuelo pintar el cuadro que ves enfrente de mí, y en el cual el artista copió los retratos

de nuestros parientes y amigos.... ¡Ah! añadió el conde suspirando; ¡no hay fiesta hermosa sin niños!

Aun no había acabado de hablar, cuando á una señal dada por su amo, dos criados descorrieron el tapiz que cubría la puerta del salón del banquete.

Vióse en el umbral á un precioso niño, con la cabellera rubia, alegres ojos y los carrillos como una rosa.

Traía puesto exactamente el mismo vestido que el conde Magno,—entonces niño como él,—tenía en el cuadro del festín de los Reyes, hacía el cual mas de una vez el respetable anciano había dirigido la vista.

—Acércate, niño, y ven á sacar el haba; le dijo la condesa Berta.

El niño, siempre muy risueño, dió algunos pasos por el salón. Sus grandes ojos sencillos, fieros y suaves á un tiempo, como son por lo comun los ojos de los niños, se dirigieron en seguida hácia el anciano conde, del cual no se apartaron. Este se pasó la mano por los ojos y como si despertara de un sueño, se empeñó en llamar á sí sus fugitivas y turbadas ideas.... Pero la hermosura del niño, su vaga semejanza á Enrique, su mayor semejanza aun con él mismo cuando tenía aquella edad, mil pormenores, en fin, lo ilustraban como otros tantos rayos de luz.

Sin decir nada, le tendió los brazos.

El niño miró á la condesa Berta y echó á correr hácia él.

—¿Cómo te llamas, hermoso ángel?

—Magno de Stobzenberg, como mi abuelo; contestó el niño, juntando sus manecitas sobre la ancha y dura del abuelo.

—¡Oh Dios mío! esta es demasiada dicha toda junta, dijo á media voz el anciano; ¿por qué me queda tan poco tiempo para daros las gracias?

Colocó despues al niño sobre sus muslos, y por mucho tiempo le estuvo haciendo caricias en la frente, en los cabellos y en las mejillas. Hubiérase creído que no podía saciar su vista con aquella gracia y aquella hermosura.

Levantáronse espontáneamente los convidados todos, como impelidos por un poderoso movimiento de simpatía hácia aquel noble anciano á quien Dios había hecho tan bueno, y á quien los hombres no pudieron hacer malo.

—¡Conceda Dios, alegría y larga vida al conde Magno de Stobzenberg! exclamaron todos á un tiempo, alargando sus copas hácia el anciano señor.

—¡Larga vida á éste! contestó Magno, alzando al nieto en sus brazos; que en cuanto á mí, todo es concluido; estoy al fin de mi carrera, y son contados los dias que me restan. Pero del mismo modo que el anciano Simeon, pongo mi alma en manos del Señor, y le doy gracias porque mis ojos han visto á este niño nacido para la salvacion de mi casa, á fin de que no se estinga el nombre de mis abuelos.

Un estrepitoso aplauso sirvió de respuesta á sus palabras, confirmando el augurio que fué justificado con los acontecimientos. El anciano Magno vivió bastante para ver crecer ante sus ojos en edad y en virtudes al vástago de su antigua raza. La Bohemia tiene todavía muchos descendientes de los Stobzenbergs, y en el momento en que estamos escribiendo estas líneas, un conde, tambien denominado Magno, ocupa junto á los márgenes del rio Moldau las antiguas casas solariiegas de sus antepasados.

¡Ojalá halle aquí nuestro reconocimiento por la hospitalidad que nos ha dispensado!

INFLUENCIA DE LA MUJER EN LA SOCIEDAD.

I.

Se ha dicho que los hombres hacen las leyes y las mujeres las costumbres; y como vivimos mas con las costumbres que con las leyes, ó al menos estamos mas en contacto con aquellas; de aquí la reconocida influencia de la mujer en la sociedad.

Pero antes de demostrar desde su origen esa influencia, veamos qué relaciones existen, ó deben existir, entre el hombre y la mujer.

¿Son iguales ambos sexos?.... ¿Es el uno superior al otro?.... Desde que la especie humana existe, existe tambien y sin resolver, se puede decir, la cuestión que estas preguntas envuelven. Tan antigua como los cuestionadores, diríase que era de imposible solucion.

Nada es, sin embargo, menos cierto. Sencilísima como la que mas, está de suyo resuelta. ¡Cómo! ¡No se ha terminado en tantos siglos, y ni hay que debatirla hoy!.... Ni hay que debatirla, y así es la verdad: hay solo que prescindir por un momento del escetivo amor propio que nos tenemos al parangonarnos con la mujer; escetivo amor propio que nos hizo formar desde luego una idea de superioridad en nuestro sexo, y que nos ha mantenido y fortificado en esta preocupacion, que ya es tiempo ceda en obsequio á la criatura que hizo Dios para nuestra felicidad y en obsequio propio.

No se juzgue por este ligero preámbulo que creemos iguales ambos sexos. Nada menos que eso. No admitimos en el uno respecto del otro superioridad, inferioridad ni igualdad: admitimos *diferencia*, lo cual es muy distinto, cuya cualidad nada tiene que ver con aquellas.

Examinaremos ligeramente la naturaleza, que no puede engañarnos, y convendrán con nuestro parecer los que mas abriguen cualquier otro.

La mujer es el complemento del hombre. Ella tiene en sí lo que, faltando á su compañero, le acaba en todos sentidos y perfecciona, y vice versa. Las mismas proporciones y diferencias que admiramos en la organizacion física de ambos seres, las mismas se revelan en su organizacion moral. La belleza física de la mujer, no es menos perfecta porque carezca de los caractères enérgicos que son su constitutivo en el hombre, así como no participa menos de la belleza moral, por mas que no posea ninguno de los rasgos vigorosos que la distinguen en aquel. Cada uno es tipo en su género; tiene cada uno su ideal, y el ideal absoluto se compone de la union de estos dos ideales compuestos. La comparacion entre ambos sexos se ha hecho siempre por lo que tienen de comun, de aquí el error, porque no ha podido hallarse paridad. Las facultades que tienen el mismo origen en uno y otro, difieren esencialmente por un desarrollo, que no es solo hijo de la educacion, sino de las tendencias, de las predisposiciones innatas, de la esencia de cada individualidad. Así, el mismo principio de valor, de razon, de sensibilidad, se traduce en tan distintos términos, segun que obra en el corazón del hombre ó de la mujer, que se hace menester una especie de estudio para hallar en cada uno la unidad primitiva. La equivocacion está en que se toma

siempre por punto de comparacion y de partida, por base para todos los juicios y modelo el carácter masculino, y allí, donde no existe otra cosa que diversidad, se ve inferioridad. Y esta diversidad tan admirablemente armoniosa, es, sin embargo, la base de la union: sin ella, las dos individualidades, á semejanza de las superficies duras y lisas, se rechazarían mutuamente; con ella se revisten de esas desigualdades regulares y previstas, que á la manera de los ángulos entrantes y salientes de las obras mas bellas de ebanistería, aseguran su perfeccion á la vez que su solidez.

Por lo demás, la mujer es inferior al hombre en energía vigorosa, en poder de concepcion, en osadía, en fuerza de razonamiento. Pero su valor dulce y firme, su comprension fácil, la lógica de su buen sentido, la claridad de su juicio, tienen tambien un mérito, que hace resaltar con ventaja el contraste. Modular estas dos naturalezas que, necesitadas siempre la una de la otra, no están, sin embargo, calcadas así, es falsear el punto de vista bajo el cual deben unirse. No, la mujer no es la contraprueba, el calco borrado del hombre; la mujer tiene su originalidad, su mision, sus virtudes especiales.

Respecto al carácter y aun al espíritu, encuéntranse menos diferencias de mujer á mujer que de hombre á hombre; apártanse menos de su naturaleza las mujeres, que nosotros de la nuestra; y la civilizacion parece fortificar sus inclinaciones, al paso que tiende á disminuir las nuestras. En efecto, mientras que nosotros aspiramos á la independencia, ellas desean dar y recibir una dulce esclavitud. El hombre quiere reinar por la autoridad y el valor: la mujer nos encadena con los nudos y repliegues de mil cariñosas afecciones. Nosotros tendemos á generalizar nuestra existencia: ella á particularizarla; nosotros aspiramos á la gloria; ella á la felicidad doméstica.

Destinada la mujer para la dulzura y el consuelo, ¿por qué exigir de ella la fiereza? ¿por qué la fuerza, si es mas delicada y esquisita su organizacion? ¿por qué su desaficion á profundizar los arcanos de las ciencias de cálculo si es su espíritu vivo?

Mas robusta la organizacion del hombre, debe distinguirse su parte moral como se distingue la física. Aventura á la mujer en firmeza, pero no la iguala en ternura; tiene mas valor pero menos sensibilidad.

Y ¿qué seríamos sin la mujer? Ella corresponde íntimamente á todos nuestros pensamientos despertándoles; á todos nuestros deseos, que hacen nacer y comparten; á nuestras debilidades, que pueden lamentar sin que les alcancen. ¿Es desgraciado el hombre? necesita un valor de que carece para resistir al dolor material y moral que le abate? Entonces halla en la *débil* mujer esa fortaleza que nunca tuvo para sufrir; encuentra entonces la calma que ha menester, y que le procuran amorosos estos ángeles de la tierra, verdadero asilo de la desgracia.

La mujer no existe sino para mitigar el infortunio, para calmar nuestras penas, para amar únicamente; y nosotros abusamos de la fuerza! Sí, el hombre abusa de esta diferencia, y la dicta las leyes que placen á sus caprichos y pasiones. Aquí debilitadas, igualadas allí con nosotros, envilecidas y despreciadas en mil partes, conservan siempre sus cualidades distintivas, esa paciencia inagotable, ese valor inconcebible. Ni la desgracia, ni la humillacion, aumentan como en nosotros sus defectos.

II.

Reina y tan generalizada, qué cuenta bien pocas excepciones, una opinion que creemos de nuestro deber combatir por errónea é inconveniente, porque se aprecie así mas á la mujer en lo que vale, y su influjo en todo.

Créese comunmente que no es necesaria, pasada nuestra edad primera, tratándose de nuestra educacion, que debe confiarse entonces á los maestros; de modo que, á poderse prescindir de la dependencia inmediata que la naturaleza ha creado entre la madre y el hijo en sus primeros días, tambien habrian negado no pocos Aristarcos hasta la conveniencia de que dirigiese aquella el objeto de su mayor cariño en los primeros senderos de la vida.

Rebajada hasta este punto por algunos la importancia de la mujer en lo que mas interesa quizá á las relaciones sociales, y á las costumbres privadas y públicas, y rebajada sin fundamento, y con no disculpable ligereza en el sexo que así mismo se llama pensador, obliganos nuestra grata tarea á defender altamente al que se ha tachado de ligero de una preocupacion tan arraigada, porque sufrido siempre y dulce, ha esperado, tal vez del tiempo, la justicia que tantos siglos le niegan.

Y no se crea por esto que pretendemos sustituir la enseñanza literaria y científica de la mujer á la del hombre, nada menos que eso; lo que pretendemos, sí, es que no se abandone á un pedagogo, que apenas se cuida sino del cultivo del talento, el cultivo del alma, parte superior de la educacion, que solo una madre puede desempeñar con éxito.

La naturaleza nos confia desde que nacemos al amor y á las caricias de una madre. Sus formas hermosas, su voz grata, hacen desde luego placida nuestra existencia. Reposando entre su regazo, nos guía con su mirada cariñosa, y nos instruye con su ternura.

El verdadero maestro es el que nuestras necesidades reclaman. Preciso como es comprenderle, indispensable que en las relaciones mútuas del maestro y el discípulo sea todo afecto y voluntad, la naturaleza que ha ligado con ellas á las madres y los hijos, les ha destinado sin duda á que formen su corazon. Y el corazon no está formado en los primeros años. Exáminese con que esmero se asemejan y corresponden unas y otros. La paciencia de la madre concuerda con la curiosidad del niño; y aun pudiera decirse que la razon de ambos crece á un mismo tiempo y sin separarse, al ver cómo la de aquella se modifica con el amor maternal. La frivolidad, la inclinacion á los placeres, y el gusto para todo lo maravilloso que con tan poco criterio se vitupera en la mujer, son otras tantas armonías entre la madre y el niño: todo les atrae recíprocamente, así sus conveniencias como sus contrastes, y en la adjudicacion que ha hecho el Criador de las cualidades de dulzura, paciencia y desvelos, nos indica bien claramente á quien ha querido entregarnos.

No se ha observado todavia suficientemente que los niños no oyen sino lo que ven, ni conciben sino lo que sienten, precediendo siempre en ellos el sentimiento á la inteligencia; de aquí que las dotes que adquieren, pertenecen á quien les enseña á ver, y despierta su ternura. La virtud, se inspira mas bien que se enseña; y para esto tiene la mujer un don especial. Amoldamos á los suyos nuestros deseos.

Cuando un maestro, cuando un ayo ha conseguido iden-

tificar con él á su educando, y hacer de él un hombre honrado y religioso, un buen ciudadano, ha llenado completamente su mision. ¿Y qué hay en todo esto, preguntamos, que no pueda desempeñar una mujer? ¿Quién mejor que una madre puede enseñarnos á preferir el honor á la fortuna, á amar á nuestros semejantes, á socorrer á los desgraciados, y á elevar nuestra alma al origen de todo lo bello é infinito? Un ayo vulgar aconseja y vulgariza; lo que una madre quiere encomendar á nuestra memoria, nos lo graba en el corazón; nos hace amar todo lo que nos presenta amable, y de esta suerte nos conduce á la virtud por el camino del amor.

No tiene límites el horizonte de esta influencia maternal, y ella decide de nuestros sentimientos, opiniones y deseos. *El porvenir de un hijo*, (decia Napoleon) *es siempre la obra de su madre*, complaciéndose siempre en repetir que debía á la mujer la elevacion en que se veía. Se ha dicho que la madre del gran Corneille, era de un alma grande y de unas costumbres tan austeras como su hijo, como lo fué la madre de los Gracos.

Por el contrario la del maligno Voltaire, zumbona, vivaracha y coqueta, imprimió todos estos rasgos en el corazón de su hijo, y le trasmitió aquel fuego impetuoso que debía de ilustrar y al mismo tiempo destruir, producir tantas obras maestras y no favorecerse con gracejos de mala ley.

Pero el ejemplo mas convincente de esta influencia le dan los dos mayores poetas del siglo. Cupo al uno de ellos una madre burlona, insensata, llena de caprichos y de orgullo, y cuya capacidad limitada solo se empleaba en la vanidad y en el odio. Irritando y contradiciendo á su hijo, tan pronto le acariciaba como le despreciaba y maldecía. Estas pasiones corrosivas de la madre se graban profundamente en el corazón del hijo: el encono y la soberbia, la cólera y el desprecio fermentan en Byron, y semejantes á la ardiente lava de un volcan, se derraman en el mundo entre torrentes de armonía.

Su buena suerte deparó al otro poeta una madre tierna sin debilidad, piadosa sin rigidez; una mujer de aquellas poco comunes que han nacido para modelos. Esta mujer joven, hermosa é ilustrada ha derramado sobre su hijo raudales de amor; las virtudes que le inspiró no solamente obraron sobre su razon, sino que inundando toda su alma le han hecho esparcir por do quier una armonía que se remonta hasta Dios. Así es que, rodeado desde su cuna de los ejemplos de la piedad mas persuasiva, dirigido por las virtudes maternas, llena con ellas el espacio de un perfume suavísimo como el incienso que se ofrece á Dios. Lamartine respresenta como Byron á su madre.

Esta es la mujer, esta es su importancia, esta es su influencia. Negarla sería negar al sol su luz, á las flores su aroma, al cielo las estrellas.

III.

Pero aun debemos presentar algunas reflexiones.

La emancipacion intelectual de la mujer demuestra lo susceptible que es su imaginacion de ser herida por todas las sensaciones; así como la vemos sobresaliente en todas las carreras. Si la mujer tuviera esa inferioridad intelectual que algunos quieren hacernos constar fisiológicamente, no ejercerian ese soberano imperio que ejercen sobre el hom-

bre, y que la conquistan muy especialmente con las armas de la inteligencia.

La mujer ha estado siempre asociada á todas las grandes revoluciones del mundo. En la antigua Grecia era la mujer la que inspiraba el heroísmo en los hombres; era la mujer, la que, como amante y como esposa, daba el escudo y la lanza á las personas que le eran mas queridas, y las enviaba á morir ó á salvar la patria. En Roma vemos á la mujer unas veces ante el Senado, y otras ante el pueblo, salvar la república ó la ciudad y evitar innumerables víctimas.

En el nacimiento del cristianismo, la vemos asociada con los apóstoles de la Iglesia, con los cristianos que se reunian en las catacumbas de Roma celebrando un culto que era castigado con la muerte, y sabiendo, á pesar de tan terrible condena, hacerle triunfar á costa de su preciosa sangre.

En la edad media se ve tambien á la mujer armando á los caballeros, como las antiguas espartanas, y enviándoles á la guerra á pelear por Dios, el honor y el amor.

Ahora mismo, como siempre, se las ve avanzar rápidamente en las carreras abiertas al genio, á pesar de las barreras que aun le oponen conveniencias muchas veces tiránicas y celosas preocupaciones.

Se ha dicho, y con razon, que las mujeres que brillan en las letras son mal secundadas por el sexo, al cual añaden nuevos títulos de honor. Su censura, y frecuentemente la nuestra, vigila é interpreta malignamente su conducta: si usan de represalias, se arrojan sin defensa sobre el enemigo: si son verdaderas en la expresion de sus sentimientos, se les acusa de hacer traicion á su sexo: si muestran lo contrario, se les califica de frialdad ó de hipocresía: si son enérgicas, afectan; si son ardientes, ofenden; ¿Cómo, pues, agradecer?

Y sin embargo, ¡cuántas mujeres se han sobrepuesto á estas injustas acusaciones y se han hecho superiores á su sexo y á sus detractores solo por su talento! ¡cuántas han conquistado aplausos en vez de censuras, y han arrebatado por la elevacion de su genio! La sensibilidad esquisita en unas, la energía de estilo en otras y la eminencia de talento poético en todas, han demostrado la excelencia de la imaginacion de la mujer. Sus obras corresponden á la par de las de los hombres y se leen, con avidez, se aprenden con entusiasmo, y se estudian con provecho. La historia, la filosofía, la poesia, todas las ciencias, todas las artes, todos los ramos del saber humano, han tenido un apóstol en la mujer; esa criatura que es verdaderamente hija de Dios y en cuyos labios se anida la dulzura como la miel entre los pétalos de una flor; cuyo aliento es perfume que refresca las almas, y su beso una corona para la inocencia y un perdon para el arrepentimiento.

¡Oh mujeres, mis hermanas, mis ángeles queridos, como dice el abate Constant, no abrais vuestros labios á la mentira, no los profaneis por risas impuras, no los mancilleis con el veneno de la calumnia! En tanto que seais esclavas, contemplareis en un mundo que os es injusto que se eleven vuestros suspiros al cielo, y descendan vuestras palabras á la tierra, como un rocío de amor para ablandar los corazones de los que os persiguen.

Por esto han considerado algunos á la mujer como una cosa misteriosa, colocada entre el cielo y la tierra, para que la tierra no maldiga al cielo, haciendo que su forma suave

y dulce haga entrever á los hombres el ángel de consuelo.

Ellas con su talento ilustran, con su hermosura encantan, con su amor dan nueva vida. Corrigen el exceso en las pasiones de los hombres, suavizan su dureza, y se ve que su política es una consecuencia de su carácter. Y á pesar de esto se tiene en una especie de esclavitud á las mujeres.

Las trabas que ponemos á su genio y á su alma; la limitada futilidad á que queremos reducir su trato, como si no tuviesen una razon que cultivar, ó no fuesen dignas, y la educacion funesta, punible que se les prescribe, enseñándolas únicamente á ahogar sus sentimientos, á ocultar sus opiniones ó desfigurar sus pensamientos y á colocarlas, en fin, en una posición escepcional, que no es la que les ha destinado Dios ni la naturaleza, ni en la que debe colocarlas la sociedad. Por esto se ha dicho muy bien, que tratamos á la naturaleza en la mujer como la tratamos en los jardines; la adornamos aunque la ahogamos.

A. P.

CIENCIAS Y ARTES.

LAS ESTRELLAS ERRANTES Ó CORREDORAS.

En otro tiempo se creía que las estrellas errantes eran almas que volvían hácia Dios. Las supersticiones propagadas por la sencilla credulidad de nuestros padres, han desaparecido por los trabajos científicos y los descubrimientos de la astronomía moderna.

Creían los sábios del último siglo que las estrellas errantes ó corredoras, eran meteoros que tomaban nacimiento en la atmósfera. En nuestros días están clasificadas entre los cuerpos planetarios, así como los *bolitos* ó globos de fuego, cuyo grueso algunas veces es comparable al planeta de la tierra, la luna.

Se han colocado también en la clase de los cuerpos planetarios dependientes de nuestro sistema, como los *aereolitos* ó piedras ferruginosas inflamadas, cuya caída viene siempre acompañada de un ruido espantoso y seguida de un olor sulfuroso. En China se han ocupado mucho de la astronomía, y hay sábios encargados de observar las estrellas errantes; pero el resultado de sus observaciones no se ha publicado por la academia de Pekin, sino en las épocas en que ha habido mudanza de monarca ó cambio de dinastía. En la Europa y Nuevo Mundo, los sábios se han preocupado muy poco de las estrellas errantes, y al principio de este siglo no se había escrito nada fijo y terminante sobre ellas.

Apresurémonos á decirlo, con mengua de nuestras academias, ha sido preciso que un pastor de Reims se consagrara ardientemente á la observacion de las estrellas errantes. Señalemos este hecho á nuestros lectores.

Mr. Coulvier-Granier observó todas las noches desde 1814 la aparicion de todas las estrellas errantes, que tomaba como todo el mundo por meteoros.

El sábio Francisco Arago, el infatigable vulgarizador de la ciencia astronómica, conoció las observaciones de Coulvier, que pudo imprimir á sus estudios una marcha mas metódica, gracias á los consejos del secretario perpétuo de la Academia de Ciencias. Sin embargo, hasta pasado algun tiempo no pudo tener ninguna deducción positiva, y hasta

algunos años mas tarde no se consiguieron resultados precisos y terminantes.

Por las observaciones de Mr. Coulvier, se ha adquirido la conviccion de que se ven tres veces mas estrellas errantes por la mañana que por la noche, notándose la cantidad media á la mitad de la noche. Hé aquí el número de todos los meses del año.

Enero, 4.—Febrero, 4.—Marzo, 3.—Abril, 4.—Mayo, 4.—Junio, 5.—Julio, 7.—Agosto, 9.—Setiembre, 7.—Octubre, 9.—Noviembre, 10.—Diciembre, 7.

El 1.º, 9 y 11 de agosto, son las tres noches mas abundantes en estrellas errantes ó corredoras. Aparecen de cincuenta á doscientas por hora; de modo, que dos observadores que se dividiesen el cielo, podrían observar un millon casi cada noche. El maximum, cual se le ha señalado, ha tenido lugar de una manera constante.

La ciencia ha comprobado, sin embargo, la aparicion de las estrellas errantes ó corredoras en enero, dentro del límite de 1794 á 1833, resultado que se ha obtenido, no sin grande desengaño de las personas que habían fundado sobre este fenómeno teorías mas ingeniosas que reales. Los escritos de Mr. Coulvier ya han dado su fruto y se sabe á que atenerse con respecto á las estrellas errantes.

Así, cuando durante las noches de julio, agosto, octubre y noviembre, vean nuestros lectores en los aires globos luminosos, conocidos bajo el nombre de estrellas errantes ó corredoras, guárdense bien de creer que se trata del alma de algun difunto. El alma es inmortal, es un espíritu puro, no toma ni puede tomar forma humana, ni aun la de un cuerpo luminoso.

Estos piadosos errores eran tolerables en nuestros padres cuando las ciencias exactas no eran tan conocidas, pero para nosotros seria una mengua, una vergüenza el caer en semejante supersticion. Además, las observaciones de Mr. Coulvier, consignadas en una grande obra, han disipado todas las dudas que podían tenerse sobre las estrellas errantes que tanto llaman nuestra atencion, muy particularmente en los meses de verano, cuando sentados á la puertá de nuestra casa ó tomando el fresco en un balcon, divierten y recrean la vista dejando en pos de sí una estela luminosa al moverse de una parte á otra. De seguro pocos de nuestros lectores habrán dejado de observar este fenómeno.

EL CONDE DE FABRAQUER.

Si es preciso pecar en algun extremo que sea en el de la dulzura.

No debe uno amonestar á otro sino con mucha cortesania. La verdad que no es caritativa procede de una caridad que no es verdad, un silencio juicioso es mucho mejor que una virtud no caritativa. Es propio de una baja inteligencia decir: «la casa de nuestro vecino es mas grande que la nuestra y sus bienes mucho mayores.» Es preciso tener una inteligencia clara y no preocuparse del bien de los demás para poder apreciar y conocer el nuestro.

La virtud no consiste tanto en la costumbre como en la accion. La costumbre es una cualidad propia de la naturaleza, que conduce verdaderamente á hacer el bien pero que no le hace si la inclinacion ó intencion no se convierte en acto.

SAN FRANCISCO DE SALES.